



PIA DE DIFUNTOS.

... Es la costumbre, y la costumbre es ley. Siempre que llega la festividad de Todos los Santos han de engalanarse los cementerios, se han de comprar coronas, guirnaldas, medallones, etc., etc., para adornar con ellos las sepulturas, los nichos ó los panteones; se ha de hacer alarde público del dolor gastándose el dinero, como si el que no pudiese comprar esos adornos, esas galas, no tuviese corazón. Un dolor grande, inmenso, no deja lugar á la vanidad, y muchas veces el orgullo es el que deposita las coronas en la casa de los muertos. Si alguna vez pasais por junto á un nicho, y sólo veis en él un nombre con letras negras, sin más lápida, ni más coronas, ni más cirios, lo primero que se ocurre decir es: «De este nadie se acuerda,» y no se

piensa que tal vez desde un oscuro rincón de una humilde buhardilla llora la madre, la esposa, ó la hija de aquel infeliz, las cuales tal vez en aquel día no han tenido pan que llevarse á la boca. Ya que se conceda todo á los ricos, los honores y las distinciones... no les queramos hacer dueños exclusivamente del sentimiento, porque entónces vamos á hacer depender el dolor por la muerte de una persona querida, de una jugada de Bolsa.

Ese es el nicho donde descansa el marido de la condesa de X: miradle. «Aquí yace el Excmo. é Ilmo. señor D... marqués de... conde de... condecorado con las cruces tal y cual:» bien, muy bien, todo eso era. Ahora ya no es nada, un cadáver más, un sér que ha dejado de existir, que será premiado si se ha hecho acre-

dor á premio, y castigado si lo ha merecido, sin tener en cuenta sus títulos ni sus cruces. Porque allá arriba no llega ninguna de estas pequeñeces de un mundo raquíico; porque en el cielo las cruces que más se aprecian son las del sufrimiento llevado con resignacion; porque para Él no hay más grandeza que la del bueno, sin reparar quién es, ni si lleva muchos nombres ó uno solo.

¡Cuántas ridiculeces aparecen naturales en esta vida! Que un día, que un solo día se dedique á los muertos, y que lo demás del año se vean casi completamente desiertos los cementerios, es una cosa que hace formar muy mal concepto de la humanidad. Pero no son todos lo mismo. Cuando alguna vez paseis por un campo-santo y veais entrar en él una enlutada, que con el velo echado y sin mirar á nadie penetra por la verja de hierro y se arrodilla ante una tumba derramando torrentes de lágrimas de sus tal vez hermosos ojos, entónces podeis exclamar: ¡Hé aquí un sér que sufre! ¡Hé aquí un verdadero dolor! ¿Qué podeis fiar, en cambio, de un cariño de un día, de un amor de horas?... Nada: pues bien, eso es lo que podeis fiar de los que sólo se acuerdan de los difuntos una vez al año, el día 1.º de Noviembre; recuerdo que sólo dura unas horas, representa un cariño que ha durado

unos segundos, si es que ha existido. Y todo esto téngase en cuenta que es, pensando hasta cierto punto piadosamente, figurándonos que siquiera ese día de 1.º del mes se han de derramar algunas lágrimas. Los que ni esto hacen, los que no tienen la vida de los recuerdos, son séres á quienes falta la mitad del alma, pues la otra mitad se compone de esperanzas.

El dolor (hablamos del verdadero, pues se falsifica como los billetes de Banco) no es ostentoso, es compañero, por el contrario, de la soledad. En China antiguamente los lutos eran muy rigurosos: duraban años, y no se salía de su casa, permaneciendo abismados en su pena sin tener otro consuelo que los libros. De este dolor tan solitario nacieron grandes filósofos: aquí todo lo más que dura es algunos meses. Vivimos, como decia el inmortal Selgas, al minuto; siempre vamos hácia adelante, y no nos acordamos de los que atrás hemos dejado... Mirad: están recogiendo las coronas, guardándolas en cajas para el año que viene; van recogiendo los cirios, las lámparas, las guirnaldas, y se disponen á quitarlo todo, absolutamente todo. Despojan al cementerio de sus galas y dejan á los muertos solos... ¡Adios! ¡Hasta el año que viene! ¡Quién sabe si entónces estaré con vosotros! Y tal vez veré al que

tiene mucho oro en su lápida, y es grande de España, sufrir horriblemente mientras sus servidores gozan del bien que han hecho. Por-

que las deudas que aquí quedan pendientes las cobra Dios en el tribunal del cielo.

A. VALLESPINOSA.

DIA DE DIFUNTOS.

PENSAMIENTOS.

¡También la muerte tiene su día! Y en ese día, ¿por quién pedimos á Dios? ¡Cosa admirable! Por nuestros padres y amigos; pero á la vez por todos los muertos. Y ahora, á miles de leguas de nosotros, hay hombres á quienes nunca hemos visto, cuyo nombre jamás sabremos, y en estos momentos están rogando por sus padres y amigos; pero también por todos los nuestros. Ruegan por las personas que nosotros amábamos, así como nosotros por las personas que ellos amaban.

*
* *

Divina es una Religión que hasta de la muerte se sirve para estrechar la fraternidad entre los hombres.

*
* *

¡Divina es una religión que hace elevar al cielo por un alma sola, todas las oraciones de la tierra!

*
* *

Levantaos los que sufrís y llorais:

mirad lo alto y alegraos, porque todos hemos de morir.

*
* *

El pensamiento de la muerte asombra los placeres del impío, refrena los furores del insensato, consuela á los infelices, alienta á los débiles...

*
* *

El sólo pensamiento de la muerte nos ampara á nosotros, los débiles, contra vosotros, los opresores.

*
* *

Siente el cristiano algo dentro de sí, que le pone á cubierto de toda tiranía. No la teme; que cosa que dura poco, vale poco. No la teme, porque no ha de faltar quien le libre de ella. La muerte es libertad.

*
* *

Entrad en ese cementerio, alzad las losas, removed la tierra. ¡Qué

república, gran Dios, y qué ciudadanos!...

* *

Señores que oprimís á los hombres y os mofais de Dios, os doy una alegre nueva: dentro de poco sereis ciudadanos de esa república.

* *

Cuando pasa el otoño, y es fría la brisa de la tarde, el insecto se envuelve como para morir sobre la hoja, juguete del viento; pero cuando el aura regalada de la primavera viene á mecerle amorosamente,

toma brillantes alas y se vuela. En el sepulcro dejó el hombre su cuerpo miserable, lo que piensa, lo que cree, lo que ama en él; el noble huésped que animaba aquel barro no entró en el sepulcro: volóse al cielo.

* *

Morir para quien muere en Jesucristo es saltar en el bajel que aporta á las playas eternas: es dormirse entre los hombres, y despertar entre los ángeles.

ANTONIO APARISI Y GUIJARRO.

LA FÉ.

A los treinta años cegó
Un pobre, y al verle andando
Por las calles tropezando,
Otro hombre le preguntó:

—Sin luz, ¿cómo hallais consuelo?
Y él dijo en tono profundo:
—¡El sol es la luz del mundo,
La fe es la antorcha del cielo!

PEDRO MARQUINA.

MORALEJA.

Una noche vió Gil
Encender un cigarro en un candil.
La mañana siguiente
Pretendió hacer lo mismo el inocente;
Y el candil que, como era natural,

Se hallaba apagado á la sazón,
Lo puso de animal,
Y hasta llegó á pegarle un mojicon.
*Hé aquí las consecuencias desastrosas
De hacer fuera de tiempo algunas cosas.*

A. F. DEL C.

Yo el Rey. A.

FIRMA DE FELIPE V, PRIMER REY DE LA CASA DE BORBON EN ESPAÑA.



EL CID.

Muerto Sancho el Fuerte á manos del alevoso Bellido Dolfos en el cerco de Zamora, eligieron los castellanos á su hermano D. Alfonso, á condicion de que habia de jurar no haber tenido parte en la muerte de aquel Rey. Iba á ser proclamado en Santa Gadea; nadie se atrevia á exigirle tan humillante prueba, cuando alzando un hombre la voz dijo:—¿Jurais, Alfonso, no haber tenido ni aun la menor participacion en la muerte de vuestro hermano Sancho, Rey de Castilla?—Lo juro—respondió el Monarca. Aquel hombre era Rodrigo Diaz de Vivar, conocido por el Cid Campeador. Esta ruda franqueza le ocasionó durante su vida la enemistad de Alfonso.

El Cid es considerado como el coloso de la Edad Media, personificacion de la guerra, de las virtudes, del heroismo; es el adalid de aquellos tiempos de revueltas y de lucha constante, en que el caballero empuñaba la lanza apenas podia sostenerla y la dejaba en el sepulcro. Terror de los moros, se le ve aparecer al frente de su caballeria por el territorio enemigo talando, arrasando, destruyendo cuanto encuentra á su paso. Castilla, Aragon y Valencia le aclaman como el libertador de la patria. Arrancó del poder de los moros gran número de pueblos y ciudades, entre ellas Valencia, su preciada joya, el año de 1094.

Este hombre de valor heroico no le tuvo para soportar una desgracia. Derrotaron los moros, no estando él presente, una pequeña parte de su mismo ejército, y

cuando supo la infausta nueva sucumbió de pesar: su muerte acaeció en 1099.

Rodrigo Diaz de Vivar es conocido por varios nombres: *Cid*, que significa en árabe Señor; *Campeador*, que significa batallador ó retador; y Ruy-Díaz, síncopa ó abreviatura del suyo propio.

Era hijo de D. Diego Lainez, descendiente de Lain Calvo, uno de los antiguos jueces de Castilla. Nació en Burgos por los años de 1025. El de 1074 se casó con Ximena Diaz, hija del Duque de Asturias.

Muerto el Cid, la animosa Ximena continuó defendiendo á Valencia, hasta que dos años despues se vió precisada á abandonarla, llevando consigo el cuerpo del ilustre Campeador. Diósele sepultura en el monasterio de Cardena, y habiendo fallecido Ximena el año 1101, fué enterrada tambien al lado de su esposo.

Tuvieron dos hijas: Cristina, que casó con Ramiro, Infante de Navarra, y Maria, que tuvo por esposo á Ramon Berenguer, tercer Conde de Barcelona.

Las espadas que usó se llaman *tizona* y *colada*; la primera está vinculada en casa de los Marqueses de Falces; la segunda es propiedad de la Armeria Real. A mediados del siglo xv se escribió un poema titulado *El Cid*. El P. Risco publicó una historia de este personaje. Guillen de Castro, un drama que inspiró á Corneille su célebre tragedia *El Cid*. El Sr. Haber, de la Universidad de Berlin, ha publicado últimamente una crónica del insigne Campeador.

M. J. D.

POÑA MARIQUITA, LA PELONA.

(Conclusion.)

El queria dotar á Vd. con mayor cantidad; yo quise que la cantidad fuese de mil pesos no más, y que se agregara al dote de Vd. una casita mia, donde he guardado siempre lo que usted hallará. A él, por dejarle algo, le dejo esta casa en que habito, y en que, segun las señas, moriré muy en breve; de mi dinero, ni un cuarto le queda. No lo extrañará, porque le estaba diciendo continuamente que le habia de chasquar cuando ménos lo pensara; el chasco es morirme á tiempo que Juan, bien léjos de aquí no puede influir en mi testamento. Ruegue usted por mí, ruegue Vd. por él; y si tal vez se halla en algun apuro, haga Vd. por él lo que pueda: será una venganza digna de Vd. En el oratorio de la Magdalena verá Vd. un armario embebido en la pared con la llave puesta; con esa misma llave, siguiendo la instruccion que pongo en seguida, se abre otro hueco donde tengo el arca de mi tesoro, y en él para Vd., y con la bendicion de Dios, dos millones de reales.»

Rápidamente se enteraron la Marquesa y María de la manera de manejar la llave, y á los pocos momentos aparecieron á los atónitos ojos de María los ahorros del testador:

—Me parece—dijo con doble satisfaccion la Marquesa—que no hice mal cuando me empeñé en que aceptaras las proposiciones del mercenario.

—Y todo esto—repuso María,—¿qué falta me hace? Para ser monja no se necesita mucho dinero.

Convinieron la Marquesa y María

en callar profundamente la donacion del difunto, y en que María se viniese á ocupar su casa. La señorita, que habia salido con muchísimo placer del convento, como se quedaba sin María y otra aya no la habia de cuidar á gusto de la Marquesa, fué vuelta á encerrar.

Con la criada antigua del tio de Don Juan y un criado se estableció María en su casa como en un castillo, preparándose á volver al convento. La dulce risa, perpétua compañera de sus labios cuando era pobre, no aparecia en ellos desde que era rica: sonreíase tal vez, pero con amargura. Perseguíanla solícitos los cuatro amantes, y otros que se iban sucediendo periódicamente. María, tan amable y tan cariñosa en otro tiempo, ya los escuchaba con aspereza.

—Huelen mi dinero—decia.

Y no era verdad: llegábanse á ella algunos, atraídos por la fragancia de sus virtudes; los más, incitados por la fama de su desdén. Para que una mujer se vea cercada de pretendientes, no hay como un *no*.

¿Por qué entre tantos no aparecia uno á quien María dijera que sí?

Por aquellas palabras de la carta del tio: "Mi sobrino la queria bien á usted, y aún quizás la quiere." Don Juan, con todos sus vicios, era el único hombre que habia conmovido el corazon de María: porque le tuvo miedo le cerró las puertas de su cuarto en casa de la Marquesa.

—¿Si me querrá todavía D. Juan?—

solía decir María, sentada en su jardín, iluminado con el tibio resplandor de la luna.—¿Si se acordará de mí donde esté? ¿Dónde estará?»

Bajo el mismo techo que María estuvo de allí á poco: enmendado en sus correrías, volvió á la ciudad en que había muerto su tío para vender la casa en que consistía la herencia del buen anciano. D. Juan creyó que el chasco, tantas veces anunciado por el difunto, era el de testar sin dejarle dinero. Supo María la venidade D. Juan, y desde que la supo no durmió bien.

Supo él de María; pero se la pintaron tan determinada al mongío, que le pareció conveniente no visitarla hasta saber si cedía en su fuerte deseo de apartarse del mundo.

Desvelada una noche se arrojó del lecho, se vistió á la ligera y se puso á la reja que daba á la calle: corría un fresco delicioso que regalaba la ardorosa frente de la jóven insomne.

Dos caballeros, con capa de seda los dos, que venían disputando por aquel solitario paraje, se pararon cerca de la reja en que estaba María. El uno era D. Juan, el otro un tahir: salían ambos de una casa de juego no muy distante.

De la disputa resultó un desafío, y los dos caballeros (hay caballeros tahures tambien) se dirigieron, espada en mano, á una callejuela inmediata, estrecha y oscura. María fué corriendo á la puerta, la abrió, y con voz tímida dijo desde el umbral repetidas veces:

—¡D. Juan! ¡D. Juan!

D. Juan, que había oído la voz, sin dejar por eso de marchar á la callejuela con su enemigo, volvió á los pocos instantes, pálido y ensangrentado, buscando la puerta de donde ha-

bía salido la voz. El tahir quedó muerto en la calle, D. Juan venía herido.

María le recibió en los brazos: llamó, se levantaron el criado y la criada, se acostó al herido, y se le asistió con tan maravilloso sigilo, así entónces como despues, que el muerto se quedó por muerto, el vivo sin que se le conociese por homicida.

Que D. Juan conoció á María; que socorrido y amparado por ella, su afición liviana se convirtió en limpia y verdadera pasión; que arrepentido de su innoble venganza imploró perdón á los piés de su salvadora, ya se debe dar por supuesto: lo que no era fácil de adivinar fué la condicion que puso María para perdonar á D. Juan. Desde que la herida de D. Juan había cesado de ofrecer peligro, la antigua sonrisa de María, muchos meses ausente, había vuelto á su rostro y la gracia á sus labios, y habían sus ojos vuelto á brillar con su acostumbrada viveza.

—Señor D. Juan—le dijo un día quitándose la toca y enseñándole su cabello diecisiyetemesino,—peloncilla estoy, y más pelon ha de ser con quien yo me case: cada oveja con su pareja. Si usted me pretende para mujer, éntrese por un año en la Orden Tercera, vístase el sayal de la Orden, pélese usted como el último de los hermanos... y despues... cón tal que Vd. se haya portado bien... hablaremos.

O D. Juan había hecho ya todas sus calaveradas, ó solamente le faltaba la última, ó la represalia ideada por María le pareció justísima, ó la muerte dada al caballero tahir le tenía atribulado y contrito: ello es que en el momento que pudo salir á la calle se fué al hospital de la venerable Orden Tercera de San Francisco, se dejó tras-

quilar y vestir de hermano Tercero; pasó un año asistiendo enfermos, y después de cumplido, llevando aún el traje de jerga y con el sombrero de franciscano lego, se presentó en casa de María y la dijo:

—Un año he pasado como Vd. quiso y donde Vd. quiso: con que Mariquita, hablemos ahora.

Puede inferirse lo que hablarían, de

que al otro día él y ella colgaron los hábitos, y se casaron muy poco después. La casa del tío no se llegó á vender, y sus millones fueron ofrecidos por María á D. Juan, en quien, si no aumentaron el amor á su esposa, tampoco debieron disminuirle, porque reparando ventajosamente sus antiguas calaveradas, fué marido y padre ejemplar.

J. E. HARTZENBUSCH.

ACTUALIDADES.

La casa editorial de los Sres. Viuda é hijos de Cuesta ha aumentado su rica colección de obras agronómicas con la titulada *Cria lucrativa de las gallinas y demás aves de corral*, escrita por el coronel Don Diego Navarro y Soler. Ilustran el texto 130 grabados en madera.

*
* *

En París se han hecho importantes estudios sobre los perjuicios que causa á la niñez el excesivo trabajo mental. Es un dato que no dejarán de explotar muchos de nuestros lectores, para quienes el estudio ofrezca escasos atractivos.

*
* *

Dentro de poco trabajará en el teatro de la Comedia la precoz artista dramática Gemma Cuniberti, para quien los más distinguidos poetas italianos han escrito expresamente algunas obras.

Ultimamente ha alcanzado los mayores triunfos en Lisboa.

*
* *

El librito que con el título de *Horas tranquilas*, y escrito por el Rdo. D. Francisco de P. Ribas y Serret, forma parte de la colección de los editores barceloneses señores Bastinos, ha llegado á su cuarta edición, lo que justifica sobradamente el acierto que en la elección de sus libros de fondo tienen los editores mencionados.

Dicha elección es tan elegante como las anteriores.

*
* *

Acompaña á este número el pliego 32 de la *Galería biográfica de Artistas españoles del siglo XIX*.

*
* *

El drama *Don Juan Tenorio*, del poeta Zorrilla, ha encontrado fiel intérprete en D. Rafael Calvo, que con su manera de decir hace resaltar las bellezas poéticas que abundan en el libro. La Contreras en Doña Inés, muy bien; es una monja ideal: Donato Jimenez hace un Comendador que muchos envidiarían, y Calvo (D. Ricardo) un Mejía digno competidor de D. Juan. Excusamos decir, por lo tanto, que la concurrencia al teatro Español es y ha sido numerosa durante las representaciones de tan popular drama.

*
* *

Martín y Capellanes, con motivo de la festividad de los Santos, han puesto en escena asimismo el obligado drama *Don Juan Tenorio*. La señorita Lozano y el señor Troyano, y la señorita Martín y el señor Clavería, protagonistas de la obra en en ambos teatros, recogieron buena cosecha de aplausos del numeroso público que acudió á saborear las bellezas de tan conocido drama.—También se ha representado el *Tenorio* en Apolo, Variedades, Novedades y Madrid.